

# LA INOCENTE MENSAJERA



CUENTO de JUAN  
CRISTOBAL SCHMID



00163245

elbota



# LA INOCENTE MENSAJERA



CUENTO

de  
JUAN CRISTOBAL  
SCHMID



Dibujos de  
EUGENIO  
A B A L



**EDITORIAL TOR**

Río de Janeiro 760

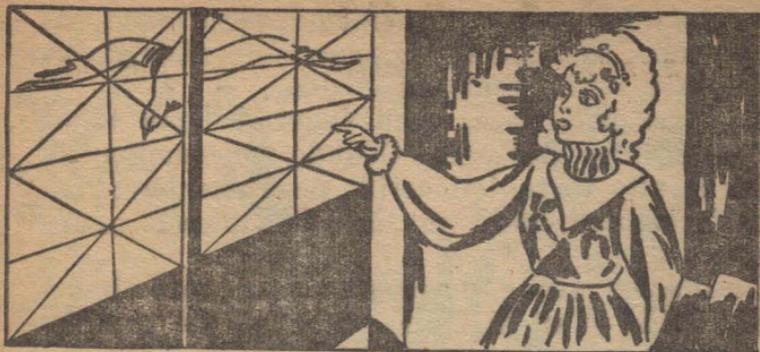
BUENOS AIRES

# LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Alí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarcito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del zorro
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Andes a los Andes
- 30 Menique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almendrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorigen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amigueta de los pájaros
- 58 La señorita Seuderi
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constanza
- 61 Nicolás y Nicolastín
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélidis
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenta
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feo
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



# LA INOCENTE MENSAJERA

## I

### *El ejemplo de la paloma*



N el pico más alto de unas abruptas montañas se alzaba el viejo castillo de Falkenburg. Allí vivía siglos atrás un caballero llamado Teobaldo, que era tan valiente como generoso. Su esposa se llamaba Otilia, y los pobres de la región veían en ella a la verdadera Providencia. La gentil castellana visitaba a los enfermos en las humildes viviendas de los valles vecinos, y no les escatimaba consuelos y cuidados.

Ese noble matrimonio tenía una hija única que se llamaba Inés. Contaba unos ocho años y era graciosa y buena como su madre.

Los tres personajes eran venerados por todos los habitantes del país. Cuando los caminantes veían la alta torre del castillo de Falkenburg, hacían fervientes votos por la salud de sus moradores.

Un día de verano, después que hubieron almorzado, Otilia y su hija Inés salieron del castillo. Por una escalera de piedra, bajaron al jardín, situado en la vertiente de la montaña.

En el jardín reinaba la calma más completa. No se oía otra cosa que el canto de una curruca que se había posado en la copa de un árbol próximo, y cuya deliciosa voz armonizaba gratamente con el murmullo argentino del surtidor.

De pronto oyeron un ruido como de algo que se agitaba con rapidez entre el follaje que las protegía, algo que en el primer momento no alcanzaron a ver.

Alarmadas se miraron, sobre todo cuando vieron que se posaba cerca de ellas un ave de gran tamaño que con las alas extendidas, trataba de introducirse en la glorieta. Afortunadamente, al ver a Inés y a su madre, huyó con presteza.

Tomando coraje, Inés se levantó y fué a mirar en el techo de ramas que las protegía de los rayos del sol, y no tardó en descubrir lo que poco antes tanto la había asustado.

—¡Mamita! —exclamó—. Es una palomita como la nieve. El miedo ha hecho que se ocultara precisamente detrás tuyo.



—Procura ser conmigo tan obediente...

A Otilia no le costó mucho trabajo agarrar el ave, y le dijo a su hija, mientras la envolvía en una mirada escrutadora:

—Esta noche haré que te la sirvan asada.

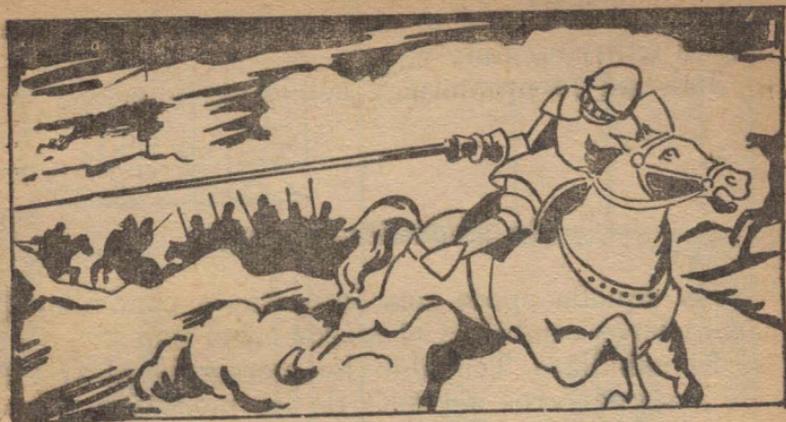
—¡Asada! —exclamó Inés, en una exclamación llena de sorpresa y dolor. Y apoderándose de la paloma, como para librarla de la muerte, agregó —: ¡Oh, no, mamita!... Supongo que eso no lo habrás dicho en serio. Este pobre animal se ha acercado a nosotras en demanda de amparo. ¿Cómo sería posible que le diéramos la muerte?...

—¡Muy bien! —dijo entonces la madre—. Adivinaste mi pensamiento. Dije lo que dije con el único propósito de probarte. Lleva la paloma a tu aposento, y dale de comer.

No tardó mucho la paloma en acostumbrarse a su joven patrona y en familiarizarse con ella. Apenas abría Inés la puerta de la jaula, el ave acudía para picotear los granos que le ofrecía en su blanca manita. Y llegó un día en que no tuvo necesidad de cerrar la jaula. Apenas amanecía y cuando la niña todavía seguía durmiendo, la paloma volaba hasta su cama para despertarla. No la dejaba tranquila hasta que se levantaba y le daba de comer. Un día Inés no pudo contener su fastidio y se fué a quejar a su madre.

—Voy a buscar la manera —dijo— de que no turbe mi sueño. En adelante cerraré la puerta de la jaula con pasador para que la paloma no pueda salir apenas apunta el día.

—Harás mal —le dijo Otilia—. Es preferible que aprendas del animalito a levantarte temprana-



*Los persiguió al frente de sus guerreros.*

10. ¿No te daría vergüenza ser más haragana que una paloma?

Inés aprovechó esta lección y desde la mañana siguiente se levantó junto con el animalito.

Un día que cosía junto a la ventana, que estaba abierta y la paloma picoteaba a sus pies algunas migas de pan que Inés le había echado, ocurrió algo inesperado. De pronto el animal levantó el vuelo y se fué a posar en un tejado próximo.

—¡Mi paloma!... ¡Mi paloma!... —exclamó Inés llorando y señalando el tejado.

—Llámala —le dijo la madre.

Así lo hizo la niña y la paloma acudió a su lado en un solo vuelo.

Inés no ocultó su asombro ante aquella obediencia. Entonces su madre le dijo:

—En adelante procura ser conmigo tan obediente como lo es contigo la paloma y te garantizo

que mi alegría será mucho mayor que la que ahora tú experimentas.

Inés así lo prometió y así lo cumplió.

## II

### *La viuda desamparada*

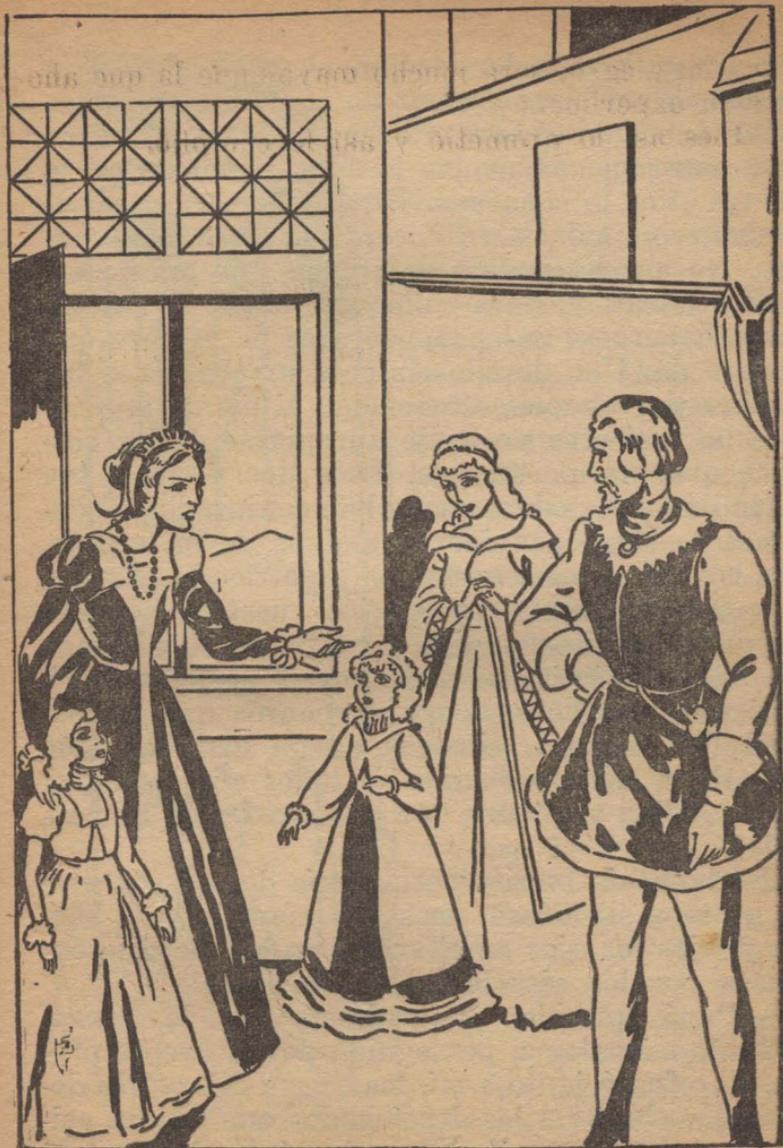
En aquella época una importante cuadrilla de bandoleros sembraba el terror en el país.

El caballero Teobaldo los persiguió al frente de sus guerreros a través de las montañas, y regresó al castillo. Satisfecho de la batida que había terminado felizmente, se sentó para reponerse un tanto y contó la forma cómo hizo prisioneros a varios bandidos, dispersando a los demás, con lo que restableció la tranquilidad en la comarca. Dijo que en adelante la buena gente podría trabajar sin temor de ver arrasados sus sembrados y saqueados sus frutales en vísperas de la cosecha.

Era ya algo tarde y se habían encendido las luces, cuando entró en la habitación donde estaba reunida la familia una mujer en cuyas facciones demacradas se notaba un gran sufrimiento. Vestía de luto y llevaba de la mano a una niña que tendría poco más o menos la edad de Inés. La pequeña también vestía de negro.

El caballero, su esposa y su hija se levantaron en seguida para saludar a la recién llegada. Esta se adelantó hacia Teobaldo y le dijo mientras lloraba amargamente:

—¡Que Dios sea con vos, generoso caballero! Aunque no os había visto nunca, vengo a pedirlos

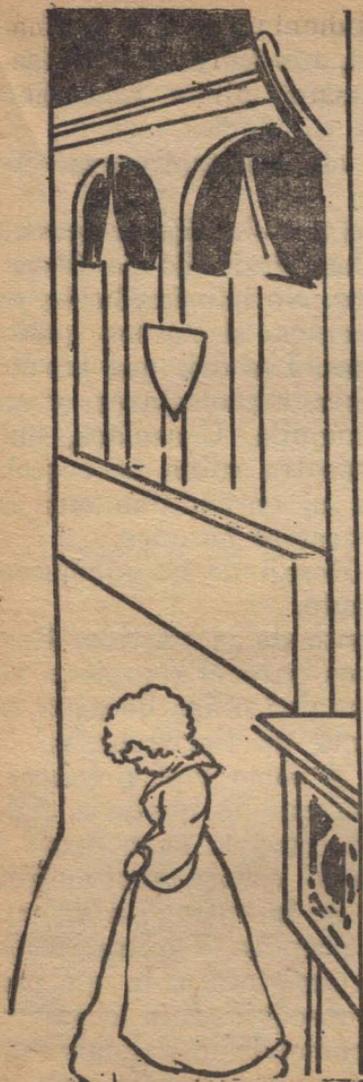


—Vengo a pedir os asilo.

asilo. Soy Rosalinda de Hohenburg, y esta niña es Emma, mi hija. Tal vez no ignoráis las causas de mi pena: mi esposo el buen Adalrico, ha muerto a consecuencia de las heridas recibidas en la guerra. Vos lo conocíais. Era un hombre excelente que se complacía en hacer bien a los desdichados. No nos ha podido dejar más que unos mercedados bienes y, para colmo de males, dos rapaces caballeros quieren apoderarse de lo poco que nos queda. Uno de ellos intenta arrebatarnos las fértiles tierras que se extienden al pie de nuestro castillo y el otro pretende apropiarse de los bosques que nos pertenecen. Esos dos vecinos, tan injustos como poderosos, se han conjurado en contra mía. Ellos que fueron amigos de mi esposo, son hoy mis peores enemigos. Adalrico lo preveía. Por eso, al morir, pronunció vuestro nombre. “Ten fe en Dios me dijo, y confía en el caballero Teobaldo. Si lo haces, nadie podrá perjudicarte”. Generoso caballero, vengo a rogaros que justifiquéis las últimas palabras de mi marido. ¿Qué será de mí, si se me priva de todos mis bienes, si no me dejan otra cosa que las paredes de mi castillo?

El padre de Inesita permanecía de pie, con gesto grave y silencioso, puesta la mano bajo la barba y fijos los ojos en el suelo. Su hija le dijo entonces con los ojos llenos de lágrimas:

—Papá querido, compadécete; te lo ruego. Cuando mi paloma, perseguida por el ave de presa, se refugió junto a mí, mamá me dijo: “No debemos rechazar a los desdichados que buscan asilo en nuestra casa”. Y se alegró mucho que yo



*La pequeña Emma se aproximó.*

me compadeciese de la pobre avecilla. ¡Y esas infortunadas merecen más compasión que una paloma!

Teobaldo contestó, conmovido:

—Tranquilízate, hija mía. Las defenderé con la ayuda de Dios. Guardaba silencio porque reflexionaba sobre la manera de socorrer a esta buena madre y a su hija.

Una vez que se hubo informado de los motivos que tuvieron los enemigos de la pobre viuda para tratarla con tan poca generosidad, le prometió ocuparse al día siguiente de sus asuntos y le pidió que esperase su regreso al castillo.

Apenas despuntó el día, Teobaldo partió a la cabeza de sus hombres de armas.

Inés estaba muy contenta al pensar que Emma iba a pasar varios días en su compañía. Se la llevó a su aposento;

después la hizo pasear por el jardín, y finalmente le enseñó sus juguetes, sus flores y su paloma. Pronto nació entre ambas niñas una tierna amistad.

Después de cuatro o cinco días, regresó Teobaldo.

—Traigo buenas noticias —le dijo a la viuda—. Vuestros enemigos, han desistido de llevar a cabo sus malos propósitos. No habrían hecho mucho caso de mis argumentos, si no los hubiera acompañado con amenazas. Les dije que haría la guerra al que se atreviera a molestaros, y consintieron en dejaros tranquila. Consolaos, pues, que los que tramaron vuestra ruina no cosecharán en vuestros campos ni encenderán sus chimeneas con la leña de vuestros bosques.

Rebosante de alegría, Rosalinda no sabía cómo expresar su agradecimiento.

Cuando llegó el momento de la partida, Rosalinda hizo los preparativos para el regreso a Hohenburg. Al separarse, las dos niñas lloraron con amargura. Quería Inés que su tierna amiga llevara un recuerdo suyo, y como varias veces le había manifestado Emma que le gustaría tener una paloma tan cariñosa como la suya, tomó la blanca avecilla, la oprimió contra sus mejillas mojadas por el llanto, y se la entregó a su amiga. Esta no la quería aceptar. Y entre las dos se estableció una disputa amistosa, a la que puso fin Emma, recibiendo el obsequio. Inés le entregó también la jaula y le recomendó la paloma como se recomienda a un hijo cuando se confía a manos extrañas.

No tardó Inés en arrepentirse de su generosidad. Echaba mucho de menos a la graciosa palomita.

—Mejor le hubiera dado —le dijo a su mamá— mis aros de fiesta.

—Puedes dárselos la próxima vez que Emma venga a vernos —le dijo Otilia—. Lo mejor que podías haberle regalado en aquel momento fué lo que le diste. Un recuerdo de más valor no la hubiera complacido tanto y hasta la hubiera humillado. En cambio, algo tan querido como la blanca palomita, aunque de escaso precio, ha servido pa-

*Al separarse las dos  
niñas...*



ra demostrarle el mucho cariño que le tienes. No debes pues, sentirte arrepentida.

### III

#### *Un complot terrible*

Tranquila y contenta, vivía Rosalinda con su hija Emma en el castillo heredado de su difunto esposo, situado en la vertiente de una montaña.

Una noche siendo ya muy tarde, llamaron a la puerta. Eran dos extranjeros que pedían hospitalidad. Vestían ropa de color marrón, como la de los peregrinos. Y tales eran, pues llevaban en la mano el clásico bordón o sea ese palo más alto que un hombre que distinguía a los que realizaban peregrinaciones.

Al ser anunciados, Rosalinda dispuso que pasaran a la sala del piso bajo, y ordenó que se les diese de cenar, sirviéndole a cada uno un vaso de vino. Cuando se enteró que habían terminado la comida, bajó con su hija para saludarlos. Los viajeros le contaron muchas e interesantes cosas sobre los santos lugares que habían visitado. Las dos mujeres, Emma sobre todo, disfrutaban oyendo aquellos relatos maravillosos.

Luego los extranjeros se informaron sobre el lugar donde se alzaba el castillo de Falkenburg; e hicieron un cálido elogio del caballero Teobaldo.

—Si su morada no queda muy lejos de aquí — dijo el más viejo de los dos—, y es posible encontrar en ella a ese excelente señor, daré de buena

gana el rodeo que haga falta para tener el gusto de verlo.

La castellana le aseguró que el camino que debían recorrer pasaba cerca de Falkenburg, donde estaba el castillo de Teobaldo.

Se alegraron mucho los caminantes y decidieron partir al día siguiente en dirección a la morada del buen caballero. Emma y su madre les rogaron que en su nombre lo saludaran a él y a su familia. La niña les dió además a cada uno una moneda de plata, regalo que le había hecho su madre, pidiéndoles que informaran a Inés que la palomita se encontraba muy bien.

Ordenó Rosalinda a uno de sus sirvientes que acompañase a los peregrinos, para indicarles el atajo más corto que atravesaba aquellas montañas.

Al amanecer, de acuerdo con lo dispuesto, los dos extranjeros se pusieron en camino, acompañados de su guía.

Los peregrinos ni siquiera se fijaban en el criado. Caminaron largo trecho sin despegar los labios. Después de atravesar una escarpada montaña, como el camino resultara menos pesado, se pusieron a hablar, haciéndolo en lengua extranjera. Por casualidad, el acompañante que les había cedido Rosalinda era oriundo del país donde se hablaba aquel idioma. En el castillo lo llamaban Lienhardt, pero su verdadero nombre era Leonardo.

Prestó atención a lo que conversaban los dos viajeros, y cuando se disponía a significarles la alegría que le causaban hablando en la lengua de



*Hizo pasar a su esposa a*



*habitación próxima...*

su tierra, algo que le dijeron lo llenó de terror. Inmediatamente se dió cuenta que aquéllos no eran lo que parecían y decían ser, sino unos malandrines disfrazados, y que la región no les era tan desconocida como querían hacer creer. Se enteró luego que formaban parte de la banda de malhechores que el caballero Teobaldo había logrado dispersar. También supo que ardían en deseos de vengarse de él, y que con tal propósito, fingiéndose caminantes piadosos, pensaban llegar hasta su castillo, pedir alojamiento, levantarse en las horas de la noche y asesinar al noble señor, a su mujer, a su hija y a toda la servidumbre; saquear la señorial mansión e incendiarla luego para no dejar rastros.

Cuando vieron a lo lejos los muros del castillo de Falkenburg, que se alzaban entre dos azulados picos, uno de los dos bandidos dijo:

—Allá está la guarida maldita de ese hombre que ha terminado con tantos compañeros nuestros. Lo someteremos a los suplicios más horrendos.

—A mí —dijo el más viejo, ebrio de venganza—, lo que me atrae es la idea de asesinarlo, aunque sus riquezas no me sean indiferentes del todo. Si no fracasamos, seremos ricos. Entonces abandonaremos este trabajo y llevaremos una vida más tranquila. Y se me ocurre una excelente idea: nos pondremos los más lujosos trajes de Teobaldo, y tú te quedarás con su cadena de oro y yo con su cruz de caballero que dicen está llena de piedras preciosas. Así disfrazados, nos iremos a otro país, donde nos tomarán por nobles señores.

—Todo eso está muy bien pensado —dijo el joven—; pero no tengo la seguridad de que nuestra empresa salga como esperamos.

—¿Es posible que tengas miedo? —rugió el viejo—. ¿Acaso no está todo bien dispuesto? ¿No



*Estuvo a punto de caer a lo más profundo...*

tenemos hombres de confianza en toda la región? Recuerda que cuando encendamos las tres luces en la ventana, acudirán en nuestra ayuda siete compañeros de los más fuertes y decididos.

Mientras los bandidos planeaban el golpe, el más viejo dió un paso en falso y estuvo a punto de caer a lo más profundo del precipicio; pero consiguió agarrarse a unas ramas y volver al camino. Las zarzas desgarraron sus ropas de caminante, y Leonardo pudo ver, bajo su larga túnica marrón, un jubón de color escarlata y una coraza de hierro pulido. También notó que al bandido se le había caído un puñal.

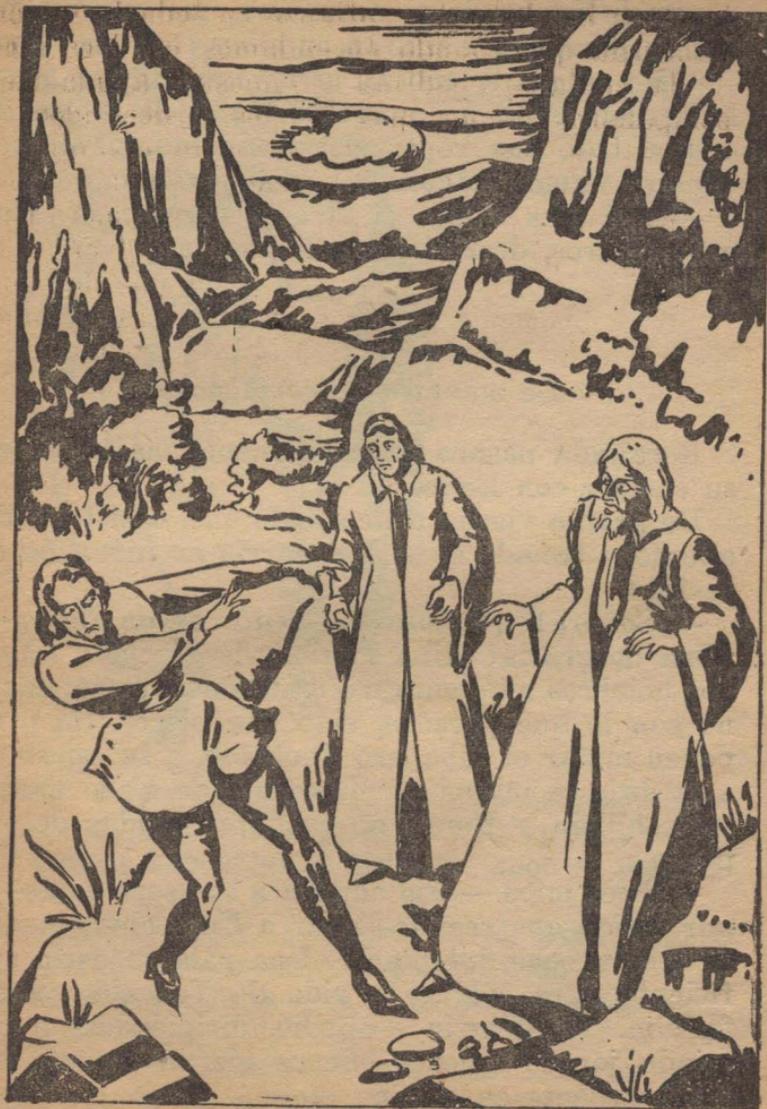
Mas tarde llegaron los viajeros al borde de un abismo imponente. En el fondo de éste se precipitaba un torrente, crecido con las últimas lluvias, que habían sido abundantes en la comarca. Dos rocas cubiertas de arbustos sobresalían por encima del precipicio, y un abeto largo y delgado, labrando por un lado solamente y echado sobre el vacío, servía de pasarela para trasladarse a la otra parte. El asesino de más edad le dijo a su compañero:

—A lo mejor ese muchacho ha visto mis armas y ha entrado en sospechas. Al pasar por ese angosto leño, lo echaré de un empujón al fondo del abismo.

Leonardo, al oír eso, fué presa de mortal angustia. Se detuvo a algunos pasos del frágil puente y exclamó con expresión de espanto:

—No voy a poder pasar por ahí. Sólo de pensarlo me da vértigo.

El más joven de los bandidos atribuyó el es-



—No quiero pasar así tampoco.

panto de Leonardo al precipicio, que a él mismo le impresionaba. Y dijo en su idioma al más viejo:

—Me caiga de cabeza al abismo, si ese tonto ha notado algo. Y, aunque haya visto lo que se oculta bajo tus ropas de caminante, desconoce nuestro idioma. Mejor que lo dejes tranquilo.

—Está bien —dijo el otro—; pero, para estar más seguros, destruiremos el puente.

#### IV

##### *La mensajera providencial*

Rosalinda pasaba tranquilamente las horas en su castillo con Emma.

De pronto vieron a Leonardo que, casi falto de aliento y bañado en sudor, corría en dirección al castillo.

—¡Señora! ¡Señora! —gritó desde lejos—. ¡Una desgracia! ¡Una terrible desgracia!... Los dos hombres a quienes me mandasteis acompañar, no son lo que parecen, sino bandoleros. Se proponen matar al caballero Teobaldo, a su esposa y a su hija, e incendiar el castillo de Falkenburg.

Rosalinda y Emma se quedaron mudas de espanto.

—Hijos míos —dijo aquélla a sus servidores—; por difícil que resulte llegar a Falkenburg antes de medianoche, intentadlo. Una palabra sería suficiente para salvar la vida de Teobaldo, y su familia. Tú, Martín —añadió, dirigiéndose a un eriado joven—, tienes buenas piernas; ponte inmediatamente en camino.



*—Nadie podría, en una  
noche tan oscura...*

—Lo siento en el alma, pero no es posible —  
repuso el aludido—. Nadie podría, en una noche  
tan oscura, encontrar el atajo sin caer en un pre-  
cipicio.

—Además —dijo Leonardo—, el único puente  
que permitía atravesar el torrente ha sido des-  
truído. Harían falta alas para salvar aquel abis-  
mo.

—¡Alas! —exclamó Emma, con los ojos res-  
plandecientes de alegría—. ¡Mamá! ¡Mamá! Se

me ocurre una cosa... El caballero Teobaldo me recomendó que durante un tiempo tuviera la paloma encerrada en su jaula, pues, de lo contrario, volvería a Falkenburg. Pues bien; le atamos al cuello una carta y la soltamos para que vaya con ella a su anterior morada.

Inmediatamente, Emma corrió en busca de la paloma. Su madre escribió una carta y se la ató al collar rojo que el ave llevaba; subieron a la terraza y le dieron libertad. La paloma voló primeramente hacia el cielo; en seguida se cernió en uno y otro lado, y por fin orientó su vuelo hacia la región donde estaba el castillo de Falkenburg. Todos se estremecieron de contento.

## V

### *El complot fracasado*

Teobaldo, Otilia e Inés acababan de sentarse a la mesa sobre la que estaba servido el primer plato de la cena, cuando un criado anunció a dos caminantes que solicitaban comida y lecho por aquella noche.

El caballero ordenó que fueran recibidos.

Inés se regocijaba de antemano con la idea de los relatos que sin duda les harían los extranjeros. Ni ella ni sus padres podían sospechar siquiera la terrible desgracia que los amenazaba.

Conversaban alegremente, cuando la niña lanzó un grito de admiración.

—¡Mi paloma!... ¡Allí está mi paloma!

Efectivamente, el lindo animal estaba picotean-



*Aparecieron protegidos con corazas...*

do los vidrios de la ventana con las alas extendidas, como pidiendo que lo dejaran entrar.

Inés le franqueó la entrada, y la gentil paloma se posó de un vuelo en su hombro, acariciándola entre tiernos arrullos.

—¡Mira qué lindo collar lleva en el cuello! —dijo Otilia—. Y sujeto a él viene un papel arrollado. Parece una carta. Seguramente un mensaje de Emma para su amiguita Inés. ¡Qué ideas tan ingeniosas tienen los niños!

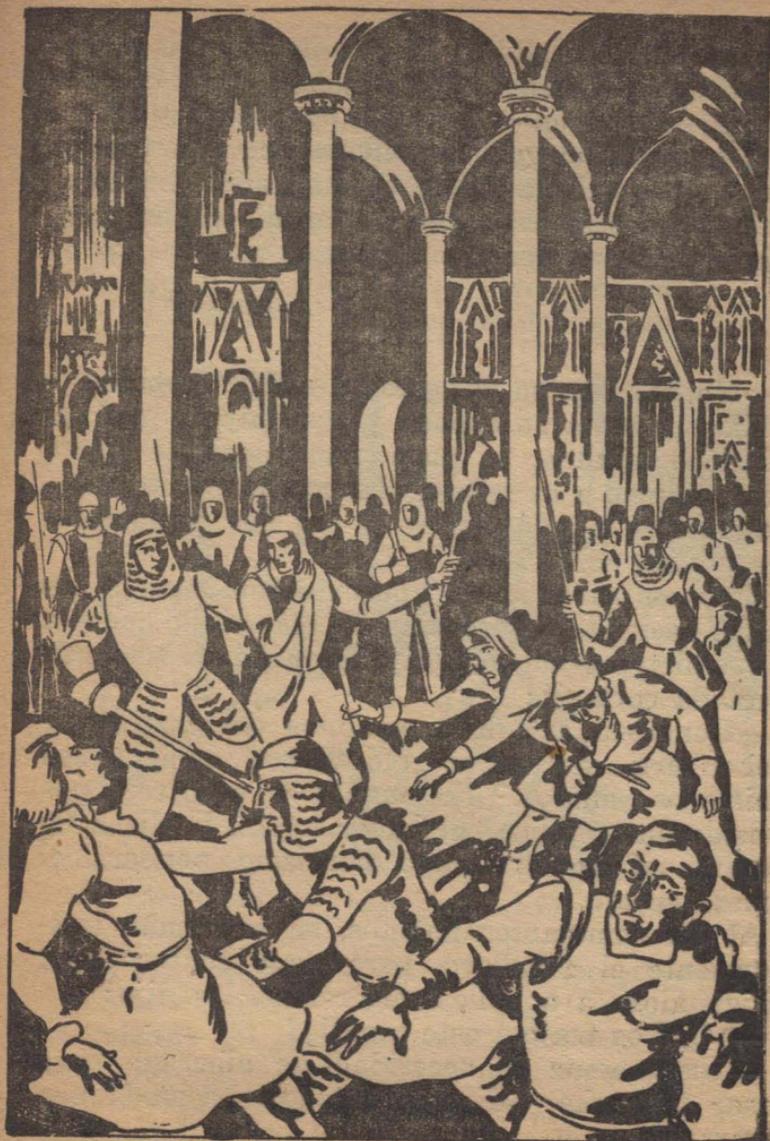
Teobaldo desprendió el papel y vió que debajo de la dirección había estas palabras escritas: “Leed esto en seguida”.

Mientras así lo hacía el caballero, su semblante cambiaba de color.

—¡Dios mío! —exclamaron, alarmadas, las dos mujeres—. ¡Qué ocurre?

Teobaldo leyó la carta, que decía así:

“Noble señor: Los dos caminantes que llegarán esta noche a vuestra casa, son dos componentes de la banda de asesinos que vos exterminasteis. Son extranjeros y llevan corazas y puñales bajo sus falsas ropas. Esta misma noche quieren asesinaros a vos, a vuestra esposa y a vuestra hija, así como a todos vuestros sirvientes. Tienen el propósito de saquear e incendiar el castillo. Con vuestros mejores trajes, vuestra cadena de oro y vuestra cruz de piedras preciosas, piensan engañar además a mucha gente honrada. Otros siete bandoleros que merodean por las cercanías de vuestra morada, aguardan la señal que les harán los huéspedes traidores: tres velas encendidas colocadas en la ventana del aposento de los



*Se precipitaron sobre los bandidos.*

caminantes, indicadoras de que ha llegado el momento de introducirse secretamente en el castillo para ayudarles en su horrible propósito.

“¡Quiera Dios que la paloma llegue a tiempo para que os salvéis todos! Comunicadme inmediatamente vuestra salvación por medio de un mensajero jinete en vuestro más veloz corcel.

*Rosalinda”.*

—No hay tiempo que perder —dijo Teobaldo.

Hizo pasar a su esposa y a su hija a una habitación próxima, se puso una reluciente armadura y llamó a su lado a algunos hombres. Inmediatamente mandó avisar a los dos caminantes que podían subir.

Estos entraron en el aposento con aspecto humilde, haciendo reverencias. El más viejo, que era el que siempre hablaba, dijo al dueño de casa, con afectada cortesía:

—Generoso caballero, venimos del castillo de Hohenburg, de cuyos moradores os traemos amistosos saludos. En cuanto a nosotros, nos consideramos felices al haber tenido la dicha de conocer al hombre cuyo heroísmo pondera el mundo entero.

Al oír semejantes halagos, se indignaba interiormente el caballero, pero pudo contenerse y dirigiéndose a aquellos miserables, les dijo:

—¿Qué os trajo a este castillo?

—Únicamente la necesidad de albergue para pasar la noche —dijeron los dos, haciendo una reverencia.

—¡Mentís! —exclamó con voz tonante el caballero—. ¡Pronto! ¡Aquí, guardias! ¡Despojad a estos bandoleros de sus falsas vestiduras para que yo los vea con su verdadera ropa! Desarmadlos y encerradlos en los calabozos de la torre.

Mientras los bandidos deploraban su suerte, Teobaldo tomaba las medidas necesarias para agarrar a sus cómplices. A la hora oportuna hizo colocar tres luces en la ventana de la pieza des-



*Descubrió en el camino, a lo lejos...*

tinada a los caminantes. El guardián de la puerta se apostó con siete sirvientes en el patio cerca de la entrada del jardín.

—Se me ocurre una cosa —dijo de pronto el guardián—. Voy a disfrazarme con las ropas de uno de los detenidos.

Al poco rato se oyó llamar a la puerta. Uno de los bandidos recién llegados se adelantó y dijo en voz baja:

—¿Llegamos a tiempo?

—Muy a tiempo —respondió el guardián en el mismo tono—. Tranquilizaos y entrad todos.

Uno tras otro, penetraron los siete en el patio. Iban armados de puñales y llevaban antorchas y azufre para poner fuego al castillo.

Una vez que hubo pasado el último bandolero, el guardián cerró la puerta e hizo la señal convenida a los demás sirvientes que estaban escondidos detrás de la columna. Estos se precipitaron sobre los bandidos, que quedaron tan estupefactos, que no acertaron a defenderse. Inmediatamente llegó también el caballero con sus hombres de armas que llevaban antorchas con las que iluminaron la escena. Los asesinos fueron sujetados con cadenas y encerrados en los calabozos del subterráneo.

## VI

### *En el castillo de Hohenburg*

Mientras tanto, en el castillo de Hohenburg, Rosalinda y Emma aguardaban, impacientes, noticias del caballero Teobaldo.

Después de mediodía, madre e hija continuaban esperando entre horribles angustias. Próximo el anoecer y habiendo subido por centésima vez a la torre, la niña descubrió en el camino, a lo lejos, un carruaje que venía escoltado por varios jine-



*Brindó a la salud de Emma.*

tes. Eran Teobaldo, Otilia e Inés, que se habían puesto en camino al amanecer.

Celebróse la visita con un banquete. Leonardo, que servía la mesa, repitió lo que había oído a los bandidos.

A los postres, Teobaldo, con la copa de plata en la mano, brindó a la salud de Emma.

—Gracias a su ingeniosa idea estamos vivos — dijo.

—¡Oh, no! —replicó la niña, ruborizándose—. Se lo debéis a la piedad de Inés por la palomita, y a su extraordinaria bondad que la impulsó a regalármela.

—¡Bendigamos a Dios —dijo Rosalinda— por habernos dado tales hijas! Pero vosotras, pequeñas, no os engriáis por la parte que habéis tomado en lo sucedido. Mirad al buen Leonardo, que, reconocido a sus señores, ha hecho en comparación mucho, pero mucho más que vosotras.

—Es cierto —dijo Teobaldo, presentando su copa llena de vino al muchacho—. Toma, amigo mío, y bebe a nuestra salud. Algún día serás un noble escudero, pues tu fiel corazón te hace digno como el que más del derecho de nobleza.

F I N



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 27 de septiembre de 1940.

Printed in Argentina.

Impreso en la Argentina.

5c  
41  
C-LA  
09



EDITORIAL  
**TOR**



CUENTOS INFANTES  
**LA ABEJA**

9